

¿DISCÍPULOS EN EL BARRIO?

Nuestros barrios han dejado de ser –en muchos lugares- como esas pequeñas aldeas que Jesús recorría palmo a palmo con sus amigos, los Apóstoles. Sin embargo, hoy también necesitamos recorrerlos con corazón de discípulos y compromiso de misioneros.

El Evangelio varias veces nos propone la imagen en que Jesús, junto a un grupo de sus amigos, recorre los caminos de su pueblo y allí –en ese escenario vital y diario de las personas que constituyen la comunidad- da paso al encuentro y al mensaje.

El fondo puede ser Galilea, Samaría u algún otro lugar. Lo que importa, en realidad, son las personas y sus distintas situaciones de vida, que necesitan ser sanadas o al menos ser invitadas a la sanación.

Pocas veces, aunque las hay, se dan acontecimientos extraordinarios donde Jesús invita a la multitud. Los encuentros suelen ser personales, cara a cara y según la necesidad de cada uno: el ciego, los leprosos, la mujer pecadora, Zaqueo y Mateo, por mencionar algunos de ellos.

Esta pedagogía de Jesús abre paso a la reflexión e nuestra misión en medio de nuestros barrios, sea cual sea la característica que hoy tenga “nuestro lugar”. Tratemos de ver cómo actuaba Jesús.

Estaba atento y al paso.

La primera condición que podemos descubrir siguiendo estos pasajes es que Jesús “estaba en medio del camino”, es decir, no se encontraba cómodamente ni en su casa, ni en el templo. Estaba donde está la gente sin ningún prejuicio o presunción. Estaba allí donde se necesitaba el mensaje de salvación.

Esta característica, a veces lo dejaba descolocado frente a los que “no se juntaban” con aquellos que, marginados y doloridos y hasta pecadores, solían recorrer las calles, a veces alejadas del centro de la ciudad.

Una primera conclusión para quienes queremos ser discípulos. **Para evangelizar hay que estar. Estar en medio de las necesidades propias de la gente, en las calles y no en el salón de reunión, ni al calor del templo.**

Salía al encuentro

Durante muchos años nuestra tarea pastoral y evangelizadora ha pasado por recibir a quienes acudían a nuestras parroquias y capillas a “pedir los sacramentos”, a “venerar a la Virgen o tal o cual santito. Una lista con horarios de atención solía bastar para tener más o menos llena nuestra casa parroquial, (o capilla) y la de nuestros equipos. La cosa fue cambiando progresivamente y hoy más que nunca hemos vuelto a esa situación primitiva en que es necesaria la actitud de encuentro que genera Jesús, con quien camina a su lado.

El está, pero está para algo y “algo grande”. No para levantar el dedo acusador o para captar adeptos; está para anunciar que ha un modo diferente de vivir la vida y vivirla

en plenitud. Está para escuchar la necesidad y la pobreza de los que caminan, por que ha sido generosamente capaz “de hacerse uno de nosotros”.

Por eso no le teme al encuentro con la gente, no lo angustian los cuestionamientos, ni la diferente forma de pensar. No tiene elaborada una larga lista doctrinal para seguir y aplicar a quién decida seguirlo. Está Él; y su persona es la que genera el encuentro e invita a cambiar el corazón sin ninguna imposición, sin ninguna apelación al temor ni, a la fuerza. Sólo la dulce autoridad del testimonio que es gesto, palabra y actitud.

Descubría la necesidad de su gente y le daba respuesta.

Otra característica de esta pedagogía es la del ponerse en el lugar del otro. Cristo pregunta, saluda, escucha, cura, y recién después invita al compromiso. Pareciera saber esperar el punto justo en que el corazón del otro baja su defensa para mostrarle tal cuál es su necesidad.

Su infinita paciencia hace que el tiempo del otro, su experiencia vital, lo que le sucede, está antes de lo que Él sabe que ha de anunciar.

No hay atropello alguno a la situación de vida que cada uno atraviesa, sino más bien solidaridad. Descubre en gestos imperceptibles la fe que late en el corazón herido y allí interviene para curar no sólo lo superficial, sino lo más hondo de cada uno.

¿Cuánta gente en nuestro barrio es escuchada? ¿Qué sabemos del vecino que vive al lado de casa? Que se separó, que la mujer lo dejó, ue bebe... ¿pero qué hay en el fondo de su corazón adormecido? El Señor no entra a la vida de las personas por cualquier lado, lo hace según su necesidad. Y lo hace concretamente: no sólo anuncia o se compadece; sino que actúa: cura, perdona, calma, etc.

Nuestros barrios necesitan de discípulos activos que conozcan a la gente de la comunidad y que actúe en medio de ellas con responsabilidad ciudadana y fraterna. Que se comprometan a trabajar por condiciones de vida más humana para las familias y las personas del barrio.

Denunciar los lugares donde se vende droga; acercar una dirección de atención a una familia cuyo hijo o hija está en medio de esta problemática; petitionar para lograr mejor oportunidades recreativas y culturales para los jóvenes o ancianos del barrio; trabajar junto a los vecinos por mejores redes de iluminación y agua; o lo que se necesite, por mencionar algunos. Y en todo ello dar testimonio de Cristo es una responsabilidad que nadie que se llame cristiano puede obviar...

Y caminar... no es necesario irse muy lejos ni proponerse obras sobrehumanas; basta con asumir lo simple y lo diario con vocación verdaderamente cristiana. Tal vez sea bueno, en algún rato de cada jornada, preguntarse **¿A dónde quiere Jesús, que hoy yo “vaya”, aquí en mi barrio?**